

La oscuridad lo envolvía todo, como el mismo vientre del universo. Desde esa inmensidad muda, emergió una voz, suave y lejana, flotando como una luz de aliento que rompía el vacío.

— Despierta... no puedes rendirte aún. Es hora de seguir.

La penumbra empezó a deshacerse y lentamente reveló el cadáver de una ciudad congelada en el tiempo. En su centro, se encontraba lo que parece ser una silueta que se resistía a parar y descansar de su larga travesía.

Damian caminaba entre las ruinas como una sombra demasiado tangible, no sentía el aire, ni el frío, ni el olor que probablemente se ocultaba bajo los escombros. El traje lo aislabía de todo. Pero no de sí mismo.

— ¿Qué te ocurre, Damian? — volvió a sonar la voz. Su timbre suave, familiar, intacto.

Entonces Damian despierta del transe y le responde a Nora que yacía sobre su espalda

— El oxígeno no va a durar — dijo Damian, con la voz ahogada en los filtros del casco — . Tenemos que llegar al refugio pronto.

— Llegaremos — dijo Nora — . Pero sé que no es el oxígeno lo que más te preocupa, ¿cierto?

Damian no respondió. El traje le daba aliento, pero no consuelo. Lo mantenía vivo, pero algo dentro de su pecho seguía latiendo con un peso insoportable.

El miedo permanecía allí, como un filo constante rozando los límites de su mente. Y la culpa jamás se había desvanecido. Seguía intacta, con la forma precisa de una herida que no cicatriza.

— No dejo de pensar... — murmuró Damian — . ¿Habré hecho lo correcto?

El eco de un crujido interrumpió su pensamiento. Ese sonido era único en la Tierra. Se acercaban esos seres.

— ¡Oh no!... Están cerca otra vez.

Aceleró el paso. Sus movimientos eran torpes, no por incompetencia, si no por desgaste físico y emocional. Encontró un refugio: los restos de lo que alguna vez fue parte de una estructura mayor. Acomodó a Nora.

— Solo tenemos que esperar a que se alejen... — dijo Damian, con la voz angustiada.

— Tómate un respiro... ambos lo necesitamos — susurró Nora.

Damian no respondió.

Dentro del traje, cada inhalación era una condena. El aire filtrado, reciclado una y otra vez, no ofrecía consuelo ni sustento verdadero. Era un contrato que no había firmado, una rutina sin alma que solo prolongaba su presencia en un mundo que ya no lo quería.

A través de una rendija estrecha en la pared colapsada, observó el exterior. Esos seres caminaban con una lentitud predatoria, como si el tiempo les perteneciera, como si supieran que nada ni nadie podía huir de ellos. Casi sin forma definida, como si la materia misma los rechazara. Su piel — si se le podía llamar así — era opaca, de un color indeciso entre el gris y la ausencia.

Tenían una abertura parecida a una boca, pero no la usaban para comunicarse, no lo necesitaban. Si la abrían, era solo para arrancar la vida. Se movían como un solo organismo, con una armonía que no requería palabras. Damian sintió un escalofrío, uno que no venía del frío, sino de la certeza, ellos eran el siguiente paso en la cadena. Y él era apenas un susurro de lo que la humanidad fue.

Dos de ellos se detuvieron de golpe. El mundo pareció congelarse por segunda vez.

Uno giró la cabeza — o algo parecido a una cabeza — y levantó lo que parecía ser un rostro sin rasgos hacia el cielo. Luego bajó la mirada, directo hacia la grieta donde Damian se ocultaba. El gesto era imposible, pero inequívoco: olfateaba.

El corazón de Damian golpeó su pecho. Contuvo el aliento de inmediato, aunque sabía — racionalmente — que su olor no podía escapar del traje sellado. Pero el miedo no era racional. El miedo era una quemadura viva.

La criatura dio un paso. Luego otro.

El mundo se contrajo hasta volverse solo eso: el sonido sutil, casi elegante, de su andar sobre los escombros.

Damian contuvo el aliento. El aire de su traje se detuvo en su pecho, helado por un terror primitivo que ninguna tecnología podía disipar.

Y en ese instante suspendido, su mente se llenó de imágenes. Recuerdos. Voces. Rostros. El eco de quienes ya no estaban. Pero entre todos esos fragmentos, una sola persona permanecía inquebrantable: Nora.

Nora, riendo bajo la luz artificial del refugio.

Nora, apoyada contra él después de la batalla.

Nora, besándolo con una ternura que hacía olvidar, por un momento, que la guerra aún existía.

Ella era su ancla...su motor.

Y justo cuando el ser pareció girar, oliendo el aire, acercándose a su escondite como una sombra curiosa...

— ¡AHHHHHHHHHHHHH!

Un alarido humano, desgarrador, irrumpió en la distancia. Un lamento tan crudo que partió el silencio como un rayo abriéndose paso entre las nubes del fin del mundo.

El ser alzó la cabeza con un movimiento rápido, innato de un felino. Un segundo de tensión. Luego giró sin sonido alguno y desapareció en la dirección del grito, como si se deslizara entre las partículas del aire.

Damian soltó el aire en un espasmo. No fue un alivio. Fue un colapso. Un estremecimiento que recorrió su cuerpo entero, desde el cuello hasta los dedos. Sentía que el aire que salía de sus pulmones no lo liberaba, solo confirmaba que seguía existiendo. Que aún no lo habían encontrado. Que el horror seguía ahí afuera, pero también dentro de él.

Cerró los ojos un momento. Pero el tic-tac interno del traje, el susurro de los sistemas, el descenso implacable del oxígeno... todo le recordaba que no podía quedarse allí. Que el peligro solo había pasado de largo, como un verdugo posponiendo la ejecución.

Vio a Nora. Y supo que no podía detenerse.

— Tenemos que movernos antes de que regresen — dijo Damian, con voz quebrada.

Se arrodilló junto a ella. Tocó el borde de su casco, apoyó su frente contra la de ella. Como si buscara consuelo. Como si aún pudiera encontrarlo.

— Nora... vamos, despierta. Tenemos que irnos... dime algo.

La respuesta fue el silencio.

Pero eso... no era todo.

Damian la observó en silencio.

Su casco cubría por completo el rostro, y durante un instante, tuvo la impresión de que había visto moverse sus párpados detrás del vidrio opaco.

— Dime algo... por favor... — murmuró.

Era una súplica más que un llamado. Una grieta más en la coraza que el traje no podía proteger.

Llevó una mano a su propio casco y, con un gesto mecánico, abrió el canal de transferencia de información entre ambos. No hubo interferencia. Ni suspiro. Ni latido. Solo el susurro del sistema repitiendo las horas del deceso

> ÚLTIMA SEÑAL DE VIDA: 01d 02h 16min

Entonces, sin pensarlo demasiado, como si no quisiera darse tiempo para arrepentirse, sus manos buscaron los cierres del casco de Nora. Los liberó, uno a uno. El sistema tardó unos segundos, y luego hizo ese pequeño sonido mecánico —chac— como si abriera una cápsula del tiempo.

> MOTIVO DE DESCONEXIÓN: FUGA EN MÓDULO DE OXÍGENO (SELLO TÉRMICO COMPROMETIDO)

El rostro de Nora quedó expuesto. Y el mundo dejó de moverse.

No hubo jadeo ni sorpresa, solo el frío. No el físico, sino el otro: el que atraviesa por dentro, como si la muerte misma lo rozara con una mano invisible.

La piel de ella estaba pálida, pero tranquila. Sus labios entreabiertos, sus párpados cerrados con una delicadeza que sugería un sueño sin un final.

Damian no gritó esta vez. Solo se quedó ahí.

Arrodillado frente a su rostro. Inmóvil.

> MÓDULO DE INFORMACIÓN CIENTÍFICA : PROYECTO GENESIS

> ACCEDIENDO AL NÚCLEO DE DATOS INTERNOS...

Una corriente silenciosa recorrió su columna. Una parte de él ya lo sabía. Desde antes. Pero había elegido no saber. Había convertido su fe en una venda, su rutina en negación.

Sus manos cayeron a los lados. El aire dentro del casco se volvió más denso. Respirar dolía, aunque fuera aire sintético.

— Ni siquiera pude salvarte a ti... — murmuró.

El ambiente comenzó a cambiar. Las sombras parecían estirarse en las paredes agrietadas, deformándose como espectros.

Entonces llegaron las voces.

Arrastradas desde los abismos de su memoria como espectros mal enterrados. Voces que conocían demasiado bien a Damian. Voces con nombres, con rostros que ya no existían, pero cuya ausencia pesaba más que cualquier presencia.

No eran recuerdos. Eran acusaciones.

Primero un murmullo. Luego una frase, un tono, una respiración reconocible. Fragmentos de personas que ya no existían, pero que aún lo habitaban como cicatrices sin cerrar.

— Nos abandonaste... — rugió una voz, áspera, rota por la traición. Era la de Halberd, el líder del escuadrón táctico.

Damian alzó la mirada. Las sombras ya no eran solo formas. Se habían alargado, torcido, convertido en siluetas humanas que brotaban de las paredes como raíces de una culpa antigua. Rostros reconocibles. Rostros muertos.

No eran reales.

O quizás sí.

— Te seguimos. Hasta el final. Porque creímos en ti — escupió una segunda voz. Era Shai, la médica. Su voz, antes suave, ahora se quebraba en odio.

— ¡Y elegiste a Nora! ¡A ella! ¡Antes que la humanidad! — gritó Andrew, más distante, como una herida abierta desde el fondo de la conciencia — . ¡La salvaste a ella y no a nosotros!

— ¡Nos dejaste morir!
— ¡Traidor!
— ¡Cobarde!
— ¡Traidor! ¡Traidor! ¡Traidor!

Damian se llevó ambas manos al casco, apretando los lados como si pudiera aplastar el sonido. Pero era inútil. El casco no protegía de lo que vivía dentro. Era una caja de resonancia. Un ataúd sellado con sus propias culpas repitiéndose sin fin.

— Yo... yo no quería... — sollozó —. Yo solo... hice lo que pude... — su voz era la de un niño perdido, no la de un soldado.

Pero las figuras no se detenían. Se acercaban, multiplicándose. Ya no eran solo rostros: eran cuerpos, brazos extendidos apuntándolo, ojos abiertos de par en par que no parpadeaban, que lo acusaban sin moverse, sin compasión.

El refugio temblaba a su alrededor, aunque tal vez era solo él. Las paredes parecían cerrarse. El aire se volvía más denso, cada vez más. Su traje aún funcionaba. El oxígeno seguía bajando. Pero Damian ya no sentía la presión del tiempo, sino el peso de los muertos.

— Todos murieron... — susurró, apenas audible —. Todos. Y fue por mí. Por nada...

La voz se le rompió en mil astillas. Se inclinó. Sus hombros temblaban bajo el traje. No buscaba redención, ya no. Solo buscaba detener el eco. Silenciar lo insopportable.

Se apoyó sobre Nora, su casco contra el de ella. No como un gesto de amor, ni de fe. Si no como un último refugio.

No pedía un milagro, solo el perdón.

— Les fallé... a todos. Y ahora a ti, Nora... — dijo con la voz rasgada por dentro —. Perdóname... por favor... por favor... ¡Perdonenme!

Y entonces, finalmente, el cuerpo de Damian se rindió.

Se desplomó junto a ella, su frente aún apoyada en su casco, el cuerpo encorvado como un relicario vacío.

No perdió el conocimiento, pero si las ganas de vivir.

El silencio se volvió absoluto. Las horas ya no se medían en luz o sombra, sino en respiraciones sintéticas. El oxígeno menguaba, ya al 12%, como si incluso el aire hubiese decidido abandonarlo.

- > ENERGÍA REDIRIGIDA AL MÓDULO DE DATOS
- > REFRIGERACIÓN INTERNA: DESACTIVADA
 - > DATOS COMPLETADOS CON ÉXITO
 - > TRANSMITIENDO MENSAJE GUARDADO...
- > "DAMIÁN... SI ESTÁS ESCUCHANDO ESTO, ES PORQUE LOGRÉ TERMINAR LA TRASFERENCIA Y EL SACRIFICIO NO FUE EN VANO ..."

Un destello de infancia lo atravesó.

El capitán avanzaba entre ruinas, escoltado por soldados. La búsqueda había sido larga.

Finalmente lo vieron. Damian estaba recostado, cubierto de polvo y trapos, inmóvil como una estatua rota. Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos; su respiración, apenas un hilo.

El capitán frunció el ceño.

— Llegamos tarde. Ya no queda nada que salvar.

Uno de los soldados asintió.

— Es solo un cadáver más, señor.

El capitán estuvo a punto de girarse, resignado, cuando una voz lo detuvo.

— Papá... espera.

Era Nora, su hija, que lo había acompañado. Se adelantó sin miedo. Se arrodilló frente a Damian y lo observó con atención. Había visto moribundos antes, pero en él había algo distinto: un leve temblor en los labios, un parpadeo inconcluso.

Nora acercó su rostro al suyo y habló despacio:

— Sé que crees que ya terminó... pero no. Si escuchas mi voz, sabrás que todavía queda algo. No tienes que rendirte aquí. Despierta.

Los soldados la miraron incrédulos. Pero entonces, ocurrió.

Los dedos de Damian se crisparon. Un leve jadeo escapó de su boca. Sus ojos parpadearon con torpeza hasta que enfocaron la figura delante de él.

— ...¿Quién es...? — susurró, con un hilo de voz.

Nora sonrió.

— Soy Nora. Y mientras me escuches, ya no vas a estar solo.

El capitán, que ya había asumido la pérdida, contuvo el aliento. Miró a su hija, luego al niño, y comprendió algo: la voz de Nora había logrado lo que ni él ni nadie habría podido.

Para Damian, ese fue el instante en que la oscuridad cambió para siempre. Por primera vez en su vida, alguien lo había llamado desde dentro del abismo... y él había respondido.

Desde aquel instante, la voz de Nora se convirtió en su único ancla. Y años después, frente al capitán, esa voz seguía pesando más que cualquier orden.

En el despacho del capitán estaba la mesa llena de mapas e informes. Damian se mantenía firme.

El capitán lo observó en silencio antes de hablar.

— ¿Sabes lo que es el proyecto Génesis? — su voz era grave, pausada.

— La última esperanza de la humanidad — respondió Damian.

El hombre asintió lentamente.

— Correcto. Y Nora quiere unirse.

Hizo una pausa.

— Como soldado y como padre, he pensado en todas las formas de detenerla. Sé los riesgos, sé lo que este proyecto exige. Cada día ahí afuera es una sentencia de muerte que se aplaza unas horas más.

Damian lo miró con seriedad.

El capitán continuó — Pero también sé que Nora no es como los demás. Tú la ves como mi hija, Damian, pero yo también la conozco como científica. Desde niña tiene una mente que no se conforma con lo que hay, siempre buscando cómo romper límites, cómo imaginar lo que los demás ya han descartado. Ese talento es más valioso que cualquier arma.

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en la mesa.

— Por eso duele más aún, porque su valor para la humanidad no está en un rifle, sino en esa mente que nunca se rinde. Y si se pierde... no será solo mi hija quien muera, será una de las pocas esperanzas reales que tenemos.

Damian permanecía en silencio, pero sentía el peso de cada palabra.

El capitán lo miró fijamente, endureciendo el tono.

— Y no me voy a engañar. Sé lo que hay entre tú y Nora. Creen que lo ocultan, pero lo veo en cada gesto, en cada mirada. No tienen que seguir fingiendo.

Damian bajó la vista.

— La pregunta es — siguió el capitán — ¿ese lazo los hará más fuertes, o algún día la pondrá en peligro?

Damian levantó la mirada y respondió.

— Jamás la pondré en peligro.

El capitán lo evaluó durante unos segundos. Luego, con voz grave, dijo:

— Eres el soldado más destacado que he tenido bajo mi mando. No por tu puntería, ni por tu disciplina... sino porque lo que llevas dentro no lo vi en nadie más. Esa oscuridad tuya, ese trance... no lo entiendo del todo, pero sé que es tu fuerza. Y ahora... será la fuerza que proteja a Nora.

Se inclinó hacia él, acercando su rostro.

— Prométemelo, Damian. Prométeme que, si aceptas unirte al proyecto, la protegerás con tu vida.

Damian respiró con firmeza

— Lo prometo. Sobre mi vida.

El capitán lo observó unos segundos más y finalmente asintió, dejando escapar un suspiro.

— Entonces... puedo confiar en que, pase lo que pase, no estaré sola.

El capitán le había hablado de proteger a su hija. Pero no necesitaba protección si no alguien que entendiera su fe en la voluntad humana.

Más tarde en el pasillo.

Damian caminaba en silencio. Nora lo alcanzó.

— Damian... — lo llamó.

Él se detuvo.

— Quiero preguntarte algo — dijo ella, bajando el tono de su voz, como si temiera escuchar la respuesta — . ¿Por qué te uniste al Proyecto Génesis?

Él se detuvo. Había tantas verdades en su garganta que no podía pronunciar. Lo único que salió fue:

— Por lo mismo que tú — mintió después de un silencio breve — . Por la humanidad.

Nora lo miró fijamente, como si quisiera leer más allá de sus palabras, pero finalmente sonrió, aliviada.

— Eso pensé... — dijo — ¿Sabes? Mucha gente se pregunta por qué no enviamos máquinas afuera. De hecho, ya lo hicimos.

Damian dijo.

— ¿Y qué pasó?

— Fallaron — dijo ella — . No porque fueran débiles, ni por falta de tecnología. Fallaron porque, cuando todo se volvió incierto, simplemente se detuvieron.

Hizo una pausa.

— Esta vez es diferente. Esta vez decidimos que tenían que ir humanos. Porque hay algo en nosotros que no se puede programar, la fuerza de voluntad. Esa terquedad absurda que nos hace seguir aun cuando todo parece perdido.

Guardó silencio un instante, y su voz se suavizó, como si hablara para sí misma.

— Mi padre lo entendía. Y me dijo “El deber no es resistir para siempre, Nora. El deber es pasar la antorcha para que otros sigan.”

Hizo una pausa, respirando hondo, y luego añadió con firmeza:

— Eso es lo que estamos haciendo aquí. No sobrevivimos para nosotros mismos. Sobrevivimos para entregar esa antorcha.

Él la miró. Nora creía que compartían el mismo motivo. Pero Damian era incapaz de confesar su verdad y dijo:

— Tienes razón — con una sonrisa débil.

Los recuerdos ardían en su mente... y pronto dejaron de ser memoria para convertirse en un umbral.

El horizonte se abrió frente a él como un espejo infinito, donde el cielo se confunde con la tierra. El atardecer se disolvía en un océano de reflejos dorados que lentamente cedían a la noche. Y allí, sobre esa vasta superficie donde las estrellas parecían germinar antes de tiempo.

— Y ahora que te perdí es hora de unirme a mis camaradas — dijo Damian

Siluetas difusas al principio, pero inconfundibles a medida que sus ojos se acostumbraban al resplandor.

Halberd, Andrew, Shai y el capitán.

>"ESTE ARCHIVO... ESTA BASE... NO ES SOLO INFORMACIÓN. ES UNA SEMILLA. UNA ESPERANZA DE LA HUMANIDAD"

"NO DEJES QUE LAS MUERTES DE NUESTROS AMIGOS NO TENGAN SIGNIFICADO
"— Nora rompe en llanto.

Damian sintió que algo dentro de él cedía. Sus piernas, pesadas como si cada músculo arrastrara siglos de desgaste, comenzaron a moverse hacia ellos. Cada paso el oxígeno descendía con la misma cadencia, como un reloj implacable que medía no el tiempo, sino la distancia hacia el final.

> OXÍGENO DISPONIBLE: 11%

El oxígeno se volvió un eco áspero. Lo único que importaba era esa visión al otro lado, esperándolo.

> [ALERTA DEL SISTEMA]: OXÍGENO DISPONIBLE: 10%.

> RECOMENDACIÓN: INICIAR PROTOCOLO DE CONSERVACIÓN INMEDIATA

El murmullo de los sistemas desapareció. Solo quedaba el silencio, y en ese silencio, la certeza: estaba por reunirse con ellos. Con todos.

Extendió la mano. Su cuerpo estaba roto, su mente exhausta.

Damian estiró la mano hacia las figuras, dispuesto a cruzar. El reflejo del suelo temblaba bajo sus pies. Ellos lo esperaban

El final parecía tan cercano, pero algo lo detuvo.

Un roce. Una mano sobre su hombro, firme pero cálida, como un ancla invisible que lo arrancaba del borde.

Se giró con lentitud. Y allí estaba ella. Rodeada de un resplandor que no pertenecía a ningún mundo conocido. Sus ojos lo miraban con ternura y fuerza a la vez, como si hubiera esperado ese momento desde siempre.

Las lágrimas le nublaron la vista. Su voz quebrada salió como un ruego:

—Perdóname... no pude cumplir mi promesa de protegerte. Fui débil...

Nora negó suavemente con la cabeza, y su sonrisa lo atravesó como una chispa en la penumbra.

—Débil... no. —Su voz era clara, inquebrantable—. Solo alguien que aún no entiende su verdadero potencial.

Lo sostuvo con intensidad, como si cada palabra fuese un abrazo.

—Siempre temiste a la oscuridad porque creíste que era un pozo. Pero no lo es. Es el cielo antes de encenderse. Si lo abrazas, verás las estrellas. Y cada estrella es una posibilidad.

Nora se inclinó hacia él y lo rodeó desde atrás con sus brazos etéreos, envolviéndolo en una calidez imposible.

—No estoy del otro lado porque aún no he terminado mi propósito —susurró contra su oído—. Quería dar mi vida para que la humanidad tuviera un nuevo amanecer. Y tú no rompiste tu promesa... porque mientras quede esperanza en ti, yo viviré en ti.

—Si vuelves a perderte en la oscuridad, yo estaré a tu lado para recordarte quién eres.

Y de pronto, las siluetas se desvanecieron.

Lo único que quedó fue ella, abrazándolo, y un cielo negro que comenzaba a iluminarse.

El abrazo de Nora lo sostuvo hasta que el cielo interior de Damian se transformó. Las sombras se diluyeron y, en su lugar, un firmamento se encendió sobre él.

Dos brazos luminosos emergieron detrás de él, etéreos, rodeándolo con suavidad.

>"NUNCA FUIMOS INVENCIBLES, DAMIÁN. PERO MIENTRAS AÚN CREAS QUE VALORES LA PENA LUCHAR, EL MUNDO TENDRÁ UNA OPORTUNIDAD".

Él cerró los ojos, sintiendo cómo su pecho recuperaba un latido distinto: no el del miedo, sino el de la voluntad.

—Despierta... no puedes rendirte aún. Es hora de seguir.

En el mundo real los párpados de Damian temblaron dentro del visor. Los datos del sistema parpadearon.

> OXÍGENO DISPONIBLE: 9%

El aire seguía descendiendo, los sistemas seguían activos.

Abrió los ojos. Frente a él, la ciudad continuaba allí: inmensa y devastada. El silencio no lo oprimía, lo llamaba.

Se inclinó y tomó a Nora, acomodándola sobre sus hombros, como siempre. El peso era el mismo, pero esta vez no le resultaba una carga, sino un símbolo.

Cada paso que dio resonó en las ruinas, y los ecos parecían repetir su marcha como un juramento.

Al salir del refugio, los seres lo esperaban. Inmóviles, acechando, atentos a cada movimiento. El mismo terror lo envolvió, pero no de la misma manera.

Damian ya no era el mismo. La oscuridad no lo dominaba, la llevaba dentro, convertida en un cielo sembrado de estrellas.

No dudó. Sabía lo que debía hacer.

No podía detenerse... porque lo que llevaba a cuestas no era solo un cuerpo, ni un recuerdo: era el futuro. Era el portador de la última llama.

Mientras pudiera avanzar, la extinción no sería absoluta. Caminaría hasta el final.

Porque dentro de él aún latía la posibilidad de un nuevo comienzo.

Y mientras quedara un propósito... él seguiría caminando.

Bajo el cielo devastado, su voz de Nora almacenada en los datos se alzó como un último faro.

> "OJALÁ UN DÍA LOS DEMÁS PUEDAN VERTE COMO YO TE VI . . ."

> MENSAJE TRANSMITIDO FINALIZADO